

Tiempo Santo

Por Arturo CAPDEVILA

OREMUS

HOMBRE, en resolución, hay solamente dos mundos en el orbe: aquel en que Dios vive y ese otro en que proscrito fue su Nombre. No te pagues de rótulos ni frases, no de estandartes ni pregones, no de silencios ni cavernas, no de algarazas, no de voces. No te guíes de prédicas astutas. No dejes que te apresen y te roben.

Esto que pasa ahora se alza y sube más alto que los montes. La verdad de cada uno está desnuda con su belleza o su fealdad deforme. Así, en resolución, hay solamente dos mundos en el orbe: aquel en que Dios vive y ese otro en que enterrado está su Nombre.

El mundo aquel de los destinos libres y el mundo en que el destino se te impone. El mundo de tu goce y tu tristeza y aquel en que peligras si te oyen. El mundo en que el amor sueña sus sueños y aquel en que no sueñan los amores. El mundo en que te marchas o te quedas, dueño del arco de los horizontes, y aquel en que te eligen los lugares y lo que has de leer también te escogen. La esfera donde el árbol de tu vida dar puede en plenitud todos sus brotes y esa otra en que los árboles no saben nada del ansia que en el viento corre.

Porque, en sustancia, hermano, solamente hay dos mundos en el orbe: el mundo con plegarias que te eleva y el mundo sin plegarias que te encoge; el mundo abierto del Autor del mundo y el torpe mundo de los ciegos soles; el mundo en que el Señor está viviente y los hombres en Dios son como dioses, y el mundo en que el Señor fue renegado, y como ya no hay Dios, tampoco hay hombres.

Así, en resolución, hay solamente para todos los días y las noches, a lo largo del tiempo y de la historia, dos mundos en el orbe: el de la Eternidad y el de esa nada del minuto que nace y que se rompe.

Oremus. Que otra vez no lleguen tiempos de guerra y de dragones. ¡Oh! Pero que por fin el mundo sea un solo mundo fiel a Dios y al hombre.

CLAMO DAVID

Clamo David. Y era la Tierra toda la que en su voz clamaba, toda la Tierra viva de Dios vivo, tal como entre relámpagos bañada. Y él era un Rey por el Señor ungido, él era un Rey y como Rey hablaba, en nombre de los pueblos de su reino extendidos del mar a la montaña, mas también por naciones no sabidas de la ancha faz del mundo y sus distancias. Y el Rey cantaba: el grande, el señalado; el Rey David del cántico y del arpa.

Clamó David y acompañado era del desierto y del eco de sus voces; del grito de sus yermas soledades y del viento que silba entre los montes; del bosque y su palabra numerosa, y también del lamento de la noche. Así clamó David... Así clamó David...

Clamores de virtud y de pecado que dio la Tierra en su alegría y luto con la noche y el alba y por las tardes cuando ya el cielo azul parece de humo. ¿Quién clama? preguntábanse los cielos. ¿Cuándo voz de varón tal trueno tuvo? Los abismos clamando a Dios subían. Fue el paroxismo hecho tumulto. Así clamó David. Mas sus clamores fueron también consolación del mundo.

VERSOS DEL CORAZON TORTUOSO

Dijo David:

—Mentira habla cada uno con su prójimo. Siempre tal urdimbre de perdición. El corazón de un lado y la palabra por el otro linde. Así leí sentencia del Salterio. Pero yo entonces dije: —Es la verdad, Señor. Mas ¿cómo un día tornose falso el corazón del simple? ¿No andaba sus caminos rectamente? ¿No esperaba su amor por más servirte? ¿No quería ser fiel como la parra en el racimo que jugoso rinde: fiel en las uvas y en el vino luego... todo el bien y la gracia de las vides? Así quería ser como una parra el corazón del simple.

Y su precio contó. Plata pulida; también diamantes y además rubíes. Le dijeron: ¡Atrás! Quedose a solas el buen varón de la fortuna insigne a soledad de yermos relegado, proscrito del amor y sus convites. De nada le valió bajo los cielos ser bueno y puro, y cual se debe, humilde.

En ese punto se torció su vino y se tornó falaz como en desquite: que suelen ser virtudes maldecidas los extraños comienzos de los crímenes. Pero yo nadie soy. Dios sólo sabe de las secretas causas y raíces.

A TONO DE PUERTO

Pongamos, pongamos a tono de puerto la nave por si es que llegamos.

A tono la nave por si es que se acerca el día que nunca se sabe.

Pongamos a tono de puerto las cosas en el equipaje por si un día fuera que se acaba el viaje.

Que este de la Vida corre en tal manera que en isla impensada el puerto final nos espera.

Tengamos a tono de puerto la nave. Que nada a la mar se abandone. Tengamos a tono de puerto la vida, y más todavía cuando el sol se pone.

OFRENDAS

Bien decía aquel chino tan sabio; bien lo dijo pesando razones: —Siempre igual. En las tumbas de Oriente comidas mortuorias los deudos disponen. Y el varón de Occidente que dice: ¿Pensáis que los muertos las comen? Entretanto en las tumbas cristianas rosas, nardos, violetas, malvones. Y el buen oriental que interroga: ¿Es que huelen los muertos las flores?

¡Siempre igual! En dos almas partida, cuando menos, el alma del hombre.